

SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulación de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demás que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

HABILITACION DE LAS CLASES ECLESIASTICAS DE LA PROVINCIA DE ALBACETE.

Desde el dia de hoy queda abierto el pago á las clases eclesiásticas de esta provincia, de la mensualidad de Octubre último; y lo pongo en conocimiento de los partícipes para que inmediatamente procuren hacer efectivo el cobro en la forma acostumbrada. Albacete 2 de Noviembre de 1859.—El Habilitado, Pablo Medina, presbítero.

Carta de nuestro Padre Santo el Papa, dirigida á los Arzobispos y Obispos de Irlanda.

PIO IX, PAPA.

Venerables hermanos, salud y bendición apóstolica.

En medio de turbulencias tan graves y embarazosas, llenas de angustias y amarguras, han sido para Nos. de un consuelo ordinario las sumisas y afectuosas cartas que nos han sido dirigidas el 4 de este mes de Dublin, en donde os reunisteis en sínodo bajo la inspiracion de la gracia divina para aconsejaros de una manera oportuna, á fin de evitar los alarmantes peligros, así como la ruina de vuestros rebaños, por las escuelas mistas.

Muy agradable nos ha sido esta prueba de vuestra solicitud pastoral, sobre todo en tiempos tan llenos de malos presajios, como lo son los tiempos presentes, y el voto mas querido de

nuestro corazon es que todos los santos Prelados redoblen su solicitud y esfuerzos para defender y hacer triunfar la causa de Dios y de la Santa Iglesia. En estas mismas cartas no hemos podido menos de reconocer con la mas viva satisfaccion vuestra fidelidad, vuestro notable amor y sumision hacia Dios, y hacia la Santa Sede apostolica, al mismo tiempo vuestra amarga angustia, producida por las embarazosas dificultades de que nos vemos rodeados, á causa de los criminales proyectos de hombres malvados que se esfuerzan por todos los medios en hacer una de las guerras mas destructoras á la Iglesia y á la Sede apostolica.

Aunque esta espresion verdaderamente religiosa de un sentimiento tan digno de los Prelados católicos no sea nueva, ni por consiguiente inesperada para nosotros, nos ha llenado, sin embargo, del mas dulce consuelo, y nos ha conmovido de la manera mas afectuosa hácia vosotros, venerables hermanos. Pero lo que quizás nos ha causado mas alegría, es la presteza con que, cediendo á nuestras instrucciones, y cumpliendo nuestros votos, habeis dispuesto rogativas en vuestras Iglesias. Porque no hay necesidad de haceros observar, venerables hermanos, que si siempre es necesario dirigir á Dios fervorosas y asiduas oraciones para confundir los malos designios de hombres inducidos en el error, y para traerlos al camino de la salvacion, lo es principalmente en esta ocasion lamentable, cuando los mas artificiosos fabricantes de mentiras y los propagadores de los principios políticos mas subversivos se esfuerzan, con designios falsos y malva-

dos, en corromper los espíritus de los hombres, y, si posible fuese, destruir completamente la Religión católica. Sin embargo, teniendo Nos la confianza mas ilimitada en el Padre clemente de las misericordias, estamos poseidos de la mas ardiente esperanza, y muy ciertos de que nos fortalecerá y nos consolará en medio de nuestras tribulaciones, y que por su gracia y su voluntad omnipotente atraerá al sentimiento de sus deberes á los enemigos de la Iglesia y de la Sede apostólica, y los hará entrar en los caminos de la verdad de la justicia y de la salvacion.

Nada, pues, puede ser mas consolador para Nos que la ocasion que se nos ofrece de asegurarnos de nuevo y de daros la confirmacion del afecto con el cual Nos os abrazamos á todos, venerables hermanos, en Nuestro Señor Jesucristo. En testimonio de nuestra extrema benevolencia y afeccion, Nos os damos de lo mas profundo de nuestro corazon, no á vosotros solos, venerables hermanos, sino tambien á los rebaños confiados á vuestra vijilancia pastoral, nuestra bendicion opóstolica.

Dado en Roma el 22 de Agosto de 1859.

(La Rejeneracion.)

NOS D. FR. FERNANDO BLANCO Y LORENZO,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, Obispo de Ávila, predicador de S. M. y de su Consejo, etc.

Al clero y pueblo de nuestra diócesis, salud y amor á la paz en Jesucristo.

No hace mucho tiempo, amados hermanos é hijos nuestros, que hablándoos de los amorosos esfuerzos empleados por Dios para destruir en el mundo la obra del pecado, y de la porfiada y perseverante oposicion de los hombres á la realizacion de los designios divinos, os decíamos, agobiado bajo el peso de una conviccion desconsoladora: «El estado actual del mundo, desdeñando á Dios, y como menospreciando la constancia, la generosidad y la ternura de su amor, debe hacernos temer una grande esplosion de su ira. ¡Felices los que tenemos fé en su misericordia! Esperamos que ella nos salvará. Tranquilos en esta esperanza los justos, y sin querer penetrar los secretos del porvenir que Dios ha querido reservarse, oren con fervor y perseverancia, etc.» No preveíamos entonces que tan presto habia de venir á desgarrar el seno de la Europa el mónstruo horrendo de la discordia, y

á regar con sangre humana las hermosas playas de Italia. Temíamos la ira del Señor, como la estamos temiendo hace tiempo; pero no sabíamos de qué modo estallaria, ni en qué punto empezaria á hacer sentir su accion terriblemente espionadora. Hoy nuestro dolor es mas vehemente, no solo al considerar los estragos que ha causado ya, y los que amenaza causar una de las mas tremendas plagas con que Dios suele aflijir á los pueblos, sino mas aun al contemplar que la soberbia lucha que cubre de sangre y de luto los campos italianos se halla sostenida por principes católicos, y que es sangre de católicos la que por sostenerla se derrama. Esto aflije profundamente el corazon de la Iglesia católica. Madre cariñosa que aborrece la sangre, y que solo sabe dar la de sus hijos cuando es necesaria para defender la doctrina y las glorias de su Esposo Crucificado, que derramó la suya por todo el linaje humano, á fin de pacificar el cielo con la tierra, y unir entre sí á los hombres con lazos de perpétua caridad.

Nuestro Santísimo Padre Pio IX, que felizmente gobierna en nombre de Dios esa Iglesia Santa, con el corazon henchido de amargura, como un tierno y amoroso padre, que, á pesar de sus esfuerzos por conservar la paz en el seno de su familia, ve á ésta desgarrada por la mano cruel de la discordia, clava sus ojos en el cielo, y pide al Dios de la paz que derrame su espíritu en todos los corazones, para que, unidos todos y estrechados con los suaves vinculos del amor cristiano, glorifiquen á Dios, Rey de los Reyes, Señor de los que dominan, Arbitro de las naciones y Padre comun de todos. Animado de aquella caridad ardierte con que, como representante de Dios, abraza á todos los fieles del orbe en las entrañas de Jesucristo, se dirige á ellos por medio de nosotros, sus Pastores, reclamando el auxilio de las oraciones de todos y cada uno, á fin de aplacar la divina ira, provocada por la multitud y enormidad de los pecados del mundo, y desarmar el brazo de la eterna justicia, extendido en amenazadora actitud sobre la Europa.

Y para que á vista del comun peligro todos los que sienten arder en su pecho la llama de la fé se apresuren con mas gusto é interés á poner en accion el poderoso resorte de la oracion que conjura todos los males, y hace descender del cielo todos los bienes; nuestro Santísimo Padre, como supremo dispensador de las gracias que Jesucristo ha querido depositar en manos de su Santa Esposa la Iglesia, abre los tesoros de esta, y hace participantes de ellos, en la forma que

luego notareis, á los que consagren sus oraciones á obtener de Dios el suspirado beneficio de la paz.

Con este objeto á espedido Su Santidad á todos los Obispos del orbe católico la siguiente carta circular á que os rogamos presteis la mayor atencion.

(Aquí inserta la Enciclica de nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa.)

Despues de haber oido la voz del comun Padre y Pastor de la cristiandad; solo nos resta deciros que seria ingratitud indisculpable el no prepararse á dar pleno cumplimiento á los deseos que espresa. La guerra de suyo es una calamidad gravisima, y de consecuencias desastrosas en el órden fisico y en el órden moral. En pos de ella, y como por ella orijinadas, suelen venir otras no menos lamentables y funestas. Ahora bien: cuando graves y comunes calamidades descienden sobre los pueblos, ya sabeis lo que quiere el Señor, que, como obligado por las prevaricaciones de los hombres, descarga sobre ellos el azote. Os lo tenemos indicado en nuestra carta pastoral de 11 de Abril de este año. Quiere que acudamos á El, que reconozcamos la justicia con que nos castiga y el poder y la bondad con que perdonando y olvidando nuestras ingratitudes, puede y quiere salvarnos. Este reconocimiento, esta protesta, esta mirada filial hácia El y el clamor de nuestro corazon humillado y contrito dirijido á su trono en el dia de la tribulacion, es un género de sacrificio que le es en gran manera agradable y tiene especial eficacia para aplacar su ira. «Oye, pueblo mio, decia en otro tiempo á Israel (Ps. 49.) Oye pueblo mio y hablaré: Dios, Dios tuyo soy Yo. No te argüiré sobre tus sacrificios.... No recibiré de tu casa becerras, ni machos de cabrio de tus rebaños. «Porque mias son todas las fieras de las selvas, las bestias en los montes, y los bueyes. Conozco todas las aves del Cielo y la hermosura del campo, conmigo está.... Sacrifica á Dios sacrificio de alabanza, y cumple al Altísimo tus votos, é invócame en el dia de la tribulacion; te libraré, y me honrarás.»

Y es porque siendo Dios un Padre benignísimo, que no puede complacerse en ver correr las lágrimas y la sangre de sus hijos, como la vé un tirano, sin otro objeto que el de saciar su furor, en el momento que vé que el azote produce el saludable efecto que en su amorosa providencia deseaba, levanta su mano justiciera y estiende la de su misericordia, para sostenernos y enjugar

nuestras lágrimas y curar nuestras heridas.

Que la guerra que ha empezado en el seno de la Europa sea una calamidad comun, no creemos haya lugar á dudarlo. Es sangre de hermanos nuestros, como ya hemos indicado, la que allí se vierte, y esto bastaria para mirar la guerra como un mal que á todos afecta. Si considerais sus inmediatos efectos en el órden temporal, apenas habrá ya á estas horas clase, condicion ni estado que no tenga, de un modo ó de otro, motivos para lamentarlos, y motivos que se aumentarán cada dia, si el Dios de la paz no manda á su ángel que retire la copa de la indignacion. Si considerais los que para un poco mas tarde podrá producir, os sentireis aterrados ante su vaga perspectiva. Aunque otros no fueran de temer, inficionado el aire por la putrefaccion de un extraordinario número de cadáveres amontonados, nada extraño seria se declarase una horrible peste despues de una horrible guerra. Si quereis considerar los efectos de esta en otro órden; despues de la relajacion de costumbres que suele llevar consigo, por rijida que sea en lo exterior la disciplina militar, ¡cuántas almas caen en los insolubles abismos de la eternidad sin la preparacion debida para aparecer ante el divino tribunal, sin haber recibido los auxilios espirituales de la Relijion, sin exhalar quizá un suspiro de amor de Dios, sin un acto de dolor por sus culpas!....

¿Pues qué diriamos si intentásemos recorrer el laberinto de las varias complicaciones que pueden surgir de la lucha empezada, aun á pesar del empeño de los que la sostienen en circunscribirla á términos dados? ¿No hemos visto ya cómo á la sombra de ella se han cometido injustificables usurpaciones que han escandalizado al mundo católico y llenado de amargura el corazon de su bondadoso Gefe, obligándole á armarse de la espada espiritual, y á lanzar terribles anatemas contra los perpetradores de aquellas? Si, amados hermanos é hijos nuestros: hombres perversos, que hace tiempo vienen con impotente esfuerzo gritando contra el poder mas lejítimo y mas benéfico entre todos los poderes humanos, contra el poder temporal del romano Pontífice, creyendo en su delirio impio que, arruinado éste, quedaria arruinado su poder espiritual y desaparecería la Iglesia que Jesucristo fundó, se han prevalido de la actual guerra para poner en ejecucion sus planes inícuos; han encendido el fuego de la sedicion en algunas poblaciones sujetas á la jurisdiccion temporal del Santo Padre, y con ingratitud, que el cielo y la tierra reprobán y

maldicen, se han sublevado contra aquel cuyas bendiciones han derramado siempre la paz y la prosperidad en el seno de los pueblos que le han sido fieles y sumisos. Con este motivo nuestro Santísimo Padre nos ha dirigido otra muy sentida circular buscando consuelo á su dolor en nuestras oraciones y en las de los fieles encargados á nuestra solicitud pastoral.

No hemos podido leer ese documento sin experimentar una emocion tan viva y tan profunda, que repentinamente hizo que se humedeciesen de lágrimas nuestros ojos. ¡ Ah! ¡ Conocemos la bondad característica, la ternura indecible del Padre que se ve menospreciado y ultrajado por hijos desleales y rebeldes, despues de haber colmado á estos de beneficios! ¡ Y él es tambien nuestro Padre, nuestro Pastor y maestro! ¿Cómo pudiéramos dejar de asociarnos á sus sentimientos, hacer nuestras las penas que le afligen, y tomar sobre nosotros una parte de su pesadumbre? No, no olvidaremos jamás que su voz amorosa y paternal nos ha alentado y consolado cuando de su aliento y consuelo necesitábamos en gran manera.

Miembros vosotros, amados hijos y hermanos nuestros, de la gran familia católica, no podreis menos de participar de la amargura que rebosa del corazon del comun Padre, y de desear consolarle, á fuer de hijos y fieles agradecidos. No nos pide grandes sacrificios: nos pide solo oraciones que, saliendo de corazones purificados con la gracia, lleguen hasta el trono de Dios y hagan brotar del divino seno raudales de paz que vengán á refrescar la tierra abrasada por las llamas de la discordia. ¿Se las negareis? Acordaos que sois españoles. Acordaos que todo lo debeis á la Iglesia católica y á su cabeza visible, el romano Pontífice, que vienen á ser una misma cosa, segun las conocidas sentencias de San Francisco de Sales y Fenelon. Acordaos que no ha muchos años el Soberano Pontífice hacia levantarse á todo el orbe católico para hacer públicas oraciones por la España afligida, lo que indica en cuánta estima tiene la Silla Apostólica á esta nacion católica. ¡ Oh! En el dia de las grandes revelaciones, cuando veamos con claridad toda la verdad de la historia, comprenderemos los misterios de la nuestra, y veremos como nuestra antigua pujanza, nuestra independencia y nuestra gloria, han sido debidas, en muy gran parte, al eficaz influjo de ese poder que hoy nos llama en nombre de Dios á orar por la paz. Nadie, nadie está mas obligado que nosotros á obedecer esa voz del

Supremo Pastor de la Iglesia. Nadie mas obligado que nosotros á responder á su llamamiento, diciéndole, inflamados de religioso ardor: «¡ Oh Padre! ¡ Oh maestro! ¡ Oh unjido de Dios! Ved aquí á vuestros hijos, hijos tambien de los héroes descendientes de los Santos. Nosotros no abdicaremos jamás el tesoro de glorias que estos nos han legado. Como ellos, seremos siempre hijos obedientes y sumisos de la Silla Apostólica. Como ellos, consagraremos nuestro aliento y nuestra vida á todo lo que ceda en su honra y obsequio. Reprobamos y maldecimos la conducta indigna de los que os ultrajan, de los que se levantan contra vuestro poder espiritual ó contra el poder temporal que la Divina Providencia ha querido concederos, para mas fácil y desembarazado ejercicio del primero. Nosotros oraremos por la paz, y pediremos á Dios por la conservacion é independencia de vuestro poder, que tan dulce, tan benéfico y salvador ha sido siempre y lo es en la actualidad. Si hay ingratos que, como vívoras venenosas derraman hiel en vuestro paternal pecho, aquí teneis diez y seis millones de españoles pendientes de vuestra voz, abrazados á la firme columna de la Iglesia que gobernais, y que todavia se glorian de ser otros tantos defensores de la gloria y prerogativas de la silla de San Pedro, que tan dignamente ocupais. Bendecidnos desde lo alto del Vaticano, y manifestadnos vuestra voluntad, para cumplirla en todo.»

(Se concluirá.)

ANUNCIO.

Se halla vacante la plaza de sacristan de la parroquial de la villa de Anchuelo, en la provincia de Madrid. Dista media legua de Alcalá de Henares y siete de la capital. Su dotacion es de 1,100 rs. pagados por el Mayordomo de Fábrica, con los derechos que le correspondan segun arancel; además se halla agregada á esta sacristia la escuela y la secretaría de Ayuntamiento de esta villa, ascendiendo toda la dotacion á unos 4,000 rs. Los aspirantes dirijirán sus solicitudes al Sr. Cura ecónomo D. Juan Crisóstomo Palencia y al Sr. Alcalde D. Claudio Anchuelo.

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA, 34, Y NUNCIO VIEJO, 11.
TOLEDO:—1839.